

BERANGER.

La presente causa ofrece una enseñanza profunda á los ingenios que se dejan fascinar por la maléfica llama de una imaginación mal dirigida á causa de una educación y de una juventud abandonadas, que se descuidó de cimentar con los verdaderos principios de la moral y de la religión. Ella nos ofrece el lastimoso ejemplo del deplorable extremo á que conduce tan culpable negligencia, y hasta qué punto es fatal al talento, el abandonarse á pasiones políticas y sociales mal regidas, puesto que llegan hasta anublar y aun extinguir la divina llama del genio. El talento que, favorecido con esta preciosa luz por la Divinidad, la distrae de su verdadera fuente y objeto, olvidando su noble misión, lejos de servir de faro á la humanidad en el mar proceloso de la vida, para evitar sus escollos y bajíos, es semejante á esas lámparas opacas, que penden á las veces en los santuarios, y cuya luz, mal alimentada, asfixia al que permanece próximo á ellas.

Estos funestos efectos hánse visto desgraciadamente en uno de los poetas mas populares de la Francia, en M. de Beranger, el cual hizo traición á los destinos de la poesía según exclamaba M. de Marchangy, fiscal de la presente causa. «Este idioma inspirador parecia haberse dado á los mortales para ennoblecir sus emociones; para elevar sus almas hácia el bello ideal y la virtud; para preservarles de un estúpido materialismo y de una vegetación vulgar y grosera, presentándoles pensamientos é imágenes escogidas y análogas á su divina esencia. Y este poeta, á quien prodigó la Divinidad el talento poético para tan noble empleo; ¿qué uso hizo de ese talento, del que le pide cuentas la sociedad en el día? Desheredó la imaginación de sus ilusiones, arrebató al sentimiento su pudor y sus castos misterios, quiso despostrar á la autoridad de los respetos del pueblo y al pueblo de sus creencias hereditarias, quiso destruirlo todo, hasta al que todo lo ha creado.»

Veamos las causas y elementos que produjeron estos fatales resultados.

Pedro Juan de Beranger nació en París el 17 de agosto de 1780 en una casa de la calle de Montorquail, número 50, donde ejercía su abuelo el oficio de sastre. La partícula *de* que precede á su nombre denota que fue de origen noble; pues descendía de los

antiguos Beranger de Provenza. Confiado por sus padres al cuidado de su abuelo, permaneció en París hasta la edad de nueve años, mimado por el buen sastre, aprendiendo á leer y corriendo las calles desde la mañana á la noche con los otros muchachos de su edad. En una de estas correrías vagabundas, siguió el 14 de julio de 1780 la multitud amotinada que se dirigia hácia el barrio de San Antonio y vió romper las puertas de bronce de la Bastilla. Su abuelo, que le habia educado en las ideas de la Revolución, le hubiera conservado á su lado: pero los pronunciamientos de las calles se hacian de cada día mas graves y la curiosidad de su joven nieto podria esponer á este á serios peligros. Fue, pues, enviado á Provenza á casa de una tia suya de ideas morales y cristianas y á quien debió indudablemente Beranger los buenos sentimientos de algunas de sus canciones. Esta le intimó que era preciso permanecer en casa y no hacer mas el vago, pero Beranger no huyó la ocasión de malas compañías que le procuraron malas lecturas, entre ellas las obras de Voltaire. El escepticismo del patriarca de Ferney pasó hasta cierto punto á su cerebro.

Beranger permaneció algunos meses en casa de su tia. Despues entró en el Instituto patriótico, fundado en Peronna por un miembro de la asamblea legislativa, Baluce de Bellanglise, ciudadano que ensayaba la propagación, en el seno de las escuelas, de las doctrinas revolucionarias. No queria enseñar á sus discipulos el latín ni el griego. Cada artículo del programa de la clase se dirigia á iniciar á sus infortunados discipulos en las maniobras de los clubs. Se les hacia escribir y ensayarse en pronunciar arengas y en redactar cartas á Robespierre, en lo que sobresalió Beranger. Su tia se apresuró á sacarlo de aquella fatal escuela, y le colocó en casa de un impresor de aquella ciudad. El impresor, notando en su joven cajista una inteligencia rara y una pasión real á todo lo que podia instruirle, le cobró afecto, dirigió sus estudios, acabó de fortificarle en el de la lengua y le dió medios de completar su educación con su mismo trabajo. La primera vez que se ensayó Beranger á hacer versos fue imprimiendo una edición de Andrés Chenier. Su maestro sorprendió algunas de sus rimas y auxilió su inesperienza, enseñándole las reglas de